

SURGIMIENTO DE NUEVAS IDENTIDADES EN LA HISTORIA POLÍTICA RECIENTE. EL CASO DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

Luis Corvalán Márquez

Los últimos años de la década del setenta y los ochenta, con seguridad serán vistos por los historiadores del futuro como un período clave en la historia política de nuestro país. Y con razón, pues durante tal lapso se derrumbó una serie de paradigmas ideológicos y políticos en torno a los cuales por largo tiempo se conformaron actores muy relevantes de la vida nacional.

Pero aún más: como resultado de tal derrumbe han emergido nuevas identidades y configuraciones políticas. En ese contexto se sitúa lo que se llamó "renovación socialista", denominación proveniente de los mismos protagonistas de esta tendencia.

El tema, sin duda, es relevante no sólo desde el punto de vista de la historia política, sino también desde la óptica de la historia de las ideas. Desde ambas perspectivas es que nos atrae, más aún, cuando nos parece que desde ellas prácticamente no ha sido abordado. Es cierto que sobre la renovación socialista se ha escrito bastante, pero principalmente por parte de sus actores, simpatizantes o detractores y, por lo mismo, en lo principal desde el interior de la política.

Ahora bien, a nosotros nos interesa abordarlo desde la historia. Y el primer paso que con ese propósito se requiere dar consiste en: establecer un cierto distanciamiento respecto del objeto y de las opiniones que en torno a él se han formado. Qué nos libre de caer en un compartir a-crítico de las percepciones que a través de sus intelectuales él ha generado de sí mismo, las cuales, de una u otra forma, han sido compartidas tanto por la prensa como por los distintos actores políticos. Dar un paso en esa dirección —aunque modesto— es el objeto de este trabajo.

LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS

El Partido Socialista

El Partido Socialista nació en medio de una profunda crisis nacional e internacional del capitalismo, dentro de un ambiente político e intelectual, nacional como internacional, caracterizado por la creencia de que este sistema estaba definitivamente agotado y que, por tanto, era necesario su reemplazo. En la formación del partido convergieron diversos sectores intelectuales, de capas medias y obreros, los que en medio de la crisis buscaban una salida radical a la situación existente.

Ideológicamente concurrieron a él corrientes diversas, que incluían a sectores marxistas, laico-racionalistas masones, populistas —especialmente en la versión latinoamericanista y antieuropeísta propugnada por el APRA—, así como también

elementos portadores de cierta tradición anarquista y trotskista. La heterogeneidad sociológica e ideológica del partido, más la influencia de los liderazgos carismáticos y personales en su seno, tendieron a estimular desde sus comienzos un fraccionalismo recurrente y una debilidad orgánica notoria, influida en buena medida por el gran peso de la estructura informal, de los agrupamientos espontáneos basados en afinidades y preeminencias personales o en la amistad, conformándose tempranamente un sistema de grupos que se activaban principalmente durante las elecciones, congresos y actividades semejantes, pugnando por sus respectivas posiciones.

Por otro lado, esta diversidad hizo muy receptivo al partido a las diversas corrientes del pensamiento existente en la izquierda mundial.

En lo internacional, el ps surgió cuestionando al estalinismo, a los métodos y el tipo de sociedad que se instauraba en la URSS, a la par que se rechazaba la adscripción a internacionales. Bajo este concepto, muy influenciado por cierto nacionalismo y por las concepciones de Haya de la Torre, el ps criticó a la Internacional Socialista como a la Comunista, acusándola de propugnar soluciones ajenas a las realidades de nuestros pueblos.

Entre 1933 y 1938 podríamos situar un primer período en la historia del ps, caracterizado por su rápido crecimiento y por la definición de su inicial credo ideológico. Fue entonces cuando se elaboró su declaración de principios en la que la colectividad decía adherir a un marxismo entendido como "un método de interpretación de la realidad enriquecido y corregido por los aportes científicos y por el devenir social". A la par, la declaración caracterizó a la sociedad capitalista señalando que la esencia de ésta consistiría en que "una clase se ha apropiado de los medios de producción..." explotándolos "en su beneficio", mientras que por otra parte existiría "otra clase que trabaja, que produce y que no tiene otro medio de vida que su salario"¹. Ante ello la *Declaración de Principios* propugnaba la instauración en el país de "un régimen socialista en que (la) propiedad privada (de los medios de producción) se transforme en colectiva"².

Junto con ello, la *Declaración de Principios del ps* sostenía que en "el proceso de transformación total del sistema (capitalista) es necesaria una dictadura de trabajadores organizados", con lo cual explícitamente se negaban las posibilidades de una transformación evolutiva.

En resumen, en su *Declaración de Principios* el ps asumió una identidad que partía de la comprensión del socialismo como una organización social que se basa en específicas relaciones de propiedad sobre los medios de producción ("colectivas"), a la que se llegaría a través de una revolución (entendida como conquista del poder del Estado), por parte de los sujetos clasistas ("los trabajadores").

Entre 1938 y 1954 podemos distinguir un segundo gran período en la historia del ps, caracterizado por el estancamiento de la colectividad, la apertura de sucesivas crisis internas y escisiones, en buena parte derivadas de las polémicas entre

¹ *Declaración de Principios del P.S.* Octubre de 1933.

² *Ibid.*

“colaboracionistas” y “anticolaboracionistas”. En tales debates, tendieron a predominar los primeros, expresando ciertas tendencias mesocráticas que siempre acompañaron a la historia del partido. Durante este lapso, ello se manifestó en la inserción pragmática del ps en algunos gobiernos, dando lugar a un desperfilamiento de su inicial mística e identidad contestataria y alternativista. Este período también se caracterizó por el desarrollo de agudas polémicas con el pc, en gran medida debido a cuestiones derivadas de posiciones frente a problemas internacionales.

Un intento de respuesta al señalado desperfilamiento y crisis del partido lo constituyó el programa de 1947, cuya fundamentación fuera redactada por Eugenio González, en la cual el ps se define como revolucionario y reitera que su objetivo es anticapitalista, lo que supone —se dice— “cambiar radicalmente las relaciones de propiedad y de trabajo, como un principio de una reconstrucción completa del orden social”³. Asimismo, Eugenio González vinculó al marxismo con el proletariado moderno, manteniendo el concepto de los sujetos clasistas del cambio.

Pese a este esfuerzo, la crisis del ps, lejos de resolverse, continuó ahondándose. Así fue como se llegó a una nueva escisión de la colectividad cuando el grueso de ésta, que constituyó el Partido Socialista Popular, resolvió apoyar a Carlos Ibáñez del Campo en las elecciones presidenciales de 1952, mientras que un sector minoritario, que formó el Partido Socialista de Chile, se alineó junto al pc, levantando la primera candidatura de Salvador Allende.

El fracaso de la política de apoyo a Ibáñez cerró el período y dio paso a nuevas definiciones que en cierto modo implicaron salir de la crisis. Ello se verificó mediante un fuerte proceso de radicalización que se dio entre 1954 y 1973 —conformando un tercer período en la historia del ps—, que comenzó con una drástica crítica al “colaboracionismo”, definido como culpable de la crisis del partido. En su lugar se postuló la tesis del “Frente de Trabajadores”, la perspectiva de una revolución caracterizada desde ahora como socialista, cuyas fuerzas motrices estarían conformadas por “obreros, campesinos y sectores modestos de la población”, excluyéndose toda alianza con grupos o partidos “burgueses”.

Bajo esta lógica se llevó a cabo un acercamiento al pc, cuya expresión fundamental fue la creación del FRAP en 1956. Al año siguiente se verificó la unificación del ps, dividido desde fines de la década del cuarenta. Tal unificación se hizo sobre la base de una concepción clasista y en la perspectiva del “derrocamiento del régimen capitalista”. Pronto se haría sentir en el seno de la colectividad la intensa influencia de la revolución cubana.

Dentro de este contexto, el ps empezó crecientemente a ver en la institucionalidad vigente un obstáculo para los cambios, acusándola de favorecer “a las fuerzas sociales regresivas”⁴. Esta tendencia se vio fortalecida luego de las elecciones presidenciales de 1964 cuando en el Congreso de Linares, celebrado en julio de 1965,

³Preámbulo del Programa de 1947 del P.S. Véase Apéndice documental del libro de J.C. Jobet, *El Partido Socialista de Chile* (Santiago, Prensa Latinoamericana, 1971), tomo 1, pág. 209.

⁴Véase el voto político del XVII Congreso General Ordinario del P.S., en Apéndice..., *op. cit.*

se consideró que el revés entonces sufrido se había debido a "la no conducción de la lucha social hacia un enfrentamiento decisivo de clases y (a) su orientación exclusiva por la vía electoral...". Luego el partido se proclamó explícitamente como una organización marxista-leninista.

Esta evolución encontró su expresión máxima en el Congreso de Chillán (1967), el cual aprobó un voto político en el que se establecía que:

"1. El Partido Socialista, como organización marxista-leninista, plantea la toma del poder como objetivo estratégico a cumplir por esta generación, para instaurar un Estado revolucionario que libere a Chile de la dependencia y el retraso económico y cultural e inicie la construcción del socialismo; 2. La violencia revolucionaria es inevitable y legítima. Resulta necesariamente del carácter represivo y armado del estado de clase. Constituye la única vía que conduce a la toma del poder político y económico y a su ulterior defensa y fortalecimiento; 3. Las formas pacíficas o legales de lucha... no conducen por sí mismas al poder. El Partido Socialista las considera como instrumentos limitados de acción incorporados al proceso político que nos lleva a la lucha armada"⁵.

Durante el gobierno de la UP el PS se mantuvo en posiciones radicales, que pasaron a ser lideradas por Carlos Altamirano. Entonces, el partido pasó a formar parte del llamado "Polo Revolucionario", partidario de resolver la pugna política mediante la conformación de un Poder Popular independiente luego de un "enfrentamiento decisivo". En este sentido, dentro de la UP la colectividad chocará constantemente con las posiciones más gradualistas e institucionales postuladas por Salvador Allende y el PC.

LA CRISIS (1973-1979)

Con el golpe militar de septiembre de 1973 se abrió un período de profunda crisis en la izquierda chilena, la cual se manifestará con mayor evidencia entre los sectores que posteriormente darán origen a la renovación socialista, es decir, el PS, los MAPU y la IC, así como también entre los sectores intelectuales vinculados a ellos.

El PS será el lugar clave de las transformaciones que se producirán en la izquierda. Entre 1973 y 1979 en su seno se producirá un agudo tensionamiento que estallará en la gran escisión de este último año. Tal tensionamiento se manifestó a través de una serie de pugnas y debates que podrían resumirse en cinco problemáticas principales: a) la crisis orgánica y la pugna por la reconstitución de los liderazgos partidarios, con su correspondiente fraccionamiento político y organizativo; b) la discusión sobre las causas de la derrota de 1973; c) el debate sobre la social democracia; d) la discusión sobre el socialismo real y e) la disputa sobre la concepción del partido. A través de todo esto gradualmente se irá asomando una crisis de identidad de la colectividad que traerá consigo una serie de búsquedas

⁵Véase, Apéndice..., Jobet, *op. cit.*

que darán lugar a lo que será denominado como una renovación política y teórica.

En relación con la primera cuestión, es decir, la reconstitución política y orgánica del partido luego del golpe militar se verificó desde temprano una escisión factual del partido. Por una parte, el Comité Central trabajosamente se reconstituyó bajo la dirección de Carlos Lorca y Exequiel Ponce, logrando funcionar a interior del país. Al mismo tiempo, se creó un secretariado exterior bajo la responsabilidad del secretario general Carlos Altamirano. Sin embargo, ni este secretariado ni el Comité Central fueron reconocidos por todos los militantes y dirigentes de la colectividad. Como producto de ello se fueron constituyendo otras instancias que intentaron disputar la dirección partidaria. Tal fue el caso de la Coordinadora Nacional de Regionales. Más tarde se formarán como orgánicas separadas el grupo "La Chispa" (MR-2) y los "Militantes Rojos", más conocidos como "Grupo Consenso". También debe señalarse la posterior constitución de la fracción denominada MAS-USOPO. De tal modo, antes de la gran escisión de 1979, el PS se hallaba profundamente escindido, expresando con ello una situación de evidente crisis.

Ahora bien, entrelazada con las pugnas por la reconstitución de los liderazgos partidarios, y como parte integrante de ellas, la discusión sobre las causas de la derrota y sobre la estructuración de la estrategia a seguir en el futuro se hizo efectiva.

Al respecto, bajo la inspiración de Lorca y Ponce principalmente, el Comité Central emitió el llamado Documento de Marzo de 1974, donde se sostuvo que las causas de la derrota habían residido en "la ausencia de una real unidad socialista-comunista y (en) que ninguno de los partidos obreros fue capaz de darle una conducción única a la izquierda y resolver el problema de unir a todo el pueblo" para hacer posible en ese marco la hegemonía de la clase obrera dentro del movimiento popular. El documento de marzo, además, sostuvo que el predominio de origen "pequeño-burgués" en la dirigencia del ps determinó que este partido fuese "en gran medida, el portador... de la dispersión política que impidió consolidar la hegemonía de la clase obrera en la conducción del proceso"⁶.

De acuerdo con tal diagnóstico, el documento de marzo se propuso como objetivo generar un partido homogéneo, capaz de ser "la fuerza dirigente de la revolución", con "ideología proletaria", basado en el marxismo-leninismo y depurado de los elementos fraccionalistas. Al mismo tiempo, diseñó una estrategia cuya finalidad era "el derrocamiento de la dictadura militar y la destrucción del Estado facista..."⁷, para lo cual propugnó la creación de un Frente Antifascista en el cual las fuerzas populares pudieran desarrollar su hegemonía a fin de enlazar la lucha por la democracia con una perspectiva socialista.

Por su parte, Carlos Altamirano, desde el exterior, hizo su propio diagnóstico en su libro *Dialéctica de una derrota*, publicado en 1977. Allí sostuvo que la causa principal del fracaso de la UP había residido en la incapacidad de sus partidos

⁶C.C. del P.S. Documento de Marzo de 1974. Mimeografiado.

⁷*Ibid.*

miembros para prever que el desenlace del conflicto tenía que producirse inevitablemente por vía armada, incomprensión que les habría impedido defender militarmente el proceso. A partir de estas afirmaciones Altamirano propuso una "estrategia de poder" orientada hacia una revolución de carácter socialista por vía armada, la que estaría precedida por una fase previa consistente en la lucha por destruir al fascismo. En función de esto último propuso una "alianza táctica" de la izquierda con la DC, distinguiéndola de la "alianza estratégica", donde ponía en el centro la unidad entre el PC y el PS, definida como expresión política de la unidad de la clase obrera. Sin embargo, a diferencia del "documento de marzo", el análisis de Altamirano no se detuvo en una autocrítica del papel del Partido Socialista ni hizo precisiones detalladas respecto a su concepción sobre la materia.

Los grupos socialistas más radicalizados, especialmente "La Chispa" y "Consenso", hicieron su propio análisis responsabilizando del desenlace de septiembre de 1973 a lo que calificaron de dirección reformista de la UP y del propio PS. Simultáneamente, definieron como oportunista la posición del Comité Central dirigido por Carlos Lorca y Exequiel Ponce, en lo referente a establecer alianzas con la DC, puesto que ello, estimaron, sólo serviría para avanzar hacia la modificación de la forma de dominación de la burguesía y, en consecuencia, no estaría destinada a liquidar al capitalismo, caracterizándola como reformista.

También hubo otros diagnósticos entre grupos socialistas menos estructurados, los que vieron en la propia radicalidad del proceso impulsado por la UP la causa de la derrota, especialmente en tanto que aquella no habría sido capaz de concitar alianzas más amplias, básicamente con el centro, para ser efectivo un proceso que, a su juicio, debió ser más gradual. Consecuente con este punto de vista, hacían énfasis en la recuperación de la democracia sobre la base de la unidad con el centro político, particularmente con la DC.

Las dos polémicas siguientes obedecían, de algún modo, a las realidades internacionales en que la dirigencia del PS pasó a verse en contacto directo. En particular, se trataba de las relaciones con la Socialdemocracia Internacional y con el "socialismo real" y el Movimiento Comunista. De unos y otros el PS recibía una activa solidaridad, lo cual no dejaba de traer ciertas consecuencias de orden político e ideológico.

En este contexto se dio una polémica al interior del PS en torno a la Social Democracia, vinculándosela con lo que la dirigencia socialista llamó "surgimiento de tendencias de derecha en el partido". Paradójico, en principio fue el propio Secretariado Exterior el que colocó esta temática. La dirección interior también la asumió, especialmente entre 1977 y 1978. Fue así como, en interlocución con el Secretariado Exterior y con el conjunto del partido el *Boletín del Comité Central* de octubre de 1978 fue dedicado casi enteramente a dicha cuestión. Esta iniciativa representa un intento por impedir la influencia de la Social Democracia al interior del PS y de asentar la identidad radicalizada del partido.

En el señalado *Boletín* se caracterizó el problema sosteniendo que:

"las fuerzas populares en Chile se ven enfrentadas en el presente a una ofensiva subterránea y activa por parte de los sectores de la socialdemocracia internacional y sectores centristas de la mediana y pequeña burguesía moder-

nizante y democrática nacional. Tales fuerzas –continuaba el *Boletín*– trabajan por concretar y viabilizar un proyecto político alternativo al planteado por los partidos populares coaligados en la Unidad Popular⁸.

Luego se continuaba diciendo que el proyecto centrista o “socialdemócrata” ...tiene como precondiciones de éxito la división de la clase trabajadora chilena el aislamiento de los partidos marxistas y, finalmente, el quiebre interno de éstos o el aislamiento en su seno mismo, de sus “sectores más extremos”. Se concluía diciendo que “en la fase actual del proceso político chileno hay evidencias concretas de que se está trabajando activamente por tal alternativa y que es posible incluso el surgimiento, quizás no muy lejano, de un Partido o Movimiento Social Demócrata⁹. Frente a esta situación –que el Comité Central consideraba estimulada por “las duras condiciones represivas” y por “la falta de claridad ideológica” de ciertos cuadros y militantes–, se propuso llevar a cabo una ofensiva ideológica que impidiera un curso como el descrito e impulsar en función de ello una subsecuente elaboración de la línea partidaria.

En cuanto al Movimiento Comunista, el impacto principal recibido fue motivado por el conocimiento empírico de los países del socialismo real, donde muchos dirigentes socialistas establecieron su residencia en el exilio. (Sin ir más lejos, el Secretariado Exterior funcionó durante varios años en Berlín Oriental). En este sentido, la crisis de la URSS sumida ya en el estancamiento breshneviano, y de los otros países del “socialismo real”, con todas las limitaciones que eran inherentes a su concepción centralista y autoritaria, representó un papel importante en la evolución ideológica de determinados dirigentes socialistas que concluyeron en que los paradigmas de socialismo hasta entonces implícitamente predominantes en la izquierda chilena eran, a la luz de la experiencia, del todo insostenibles. El conocimiento del socialismo real, pues, trajo consigo la problemática sobre la relación entre democracia y socialismo, con sus consiguientes imperativos sobre la necesidad de llevar a cabo reformulaciones ideológicas de fondo.

Esto –no ciertamente por casualidad– ocurría al mismo tiempo que se desarrollaba en Europa y en los Estados Unidos una verdadera ofensiva neoconservadora y el sistema capitalista enfrentaba exitosamente sus propias crisis por la vía de un nuevo impulso a la intensificación de sus economías derivada de la aplicación de la Revolución Científico-Técnica y la transnacionalización. De tal modo, representaba un paradigma de avasalladora modernidad que se oponía a las realidades de las estancadas sociedades del este.

Paralelamente se producía el alza de los socialismos mediterráneos en Europa, que parecían representar una alternativa progresista, viable y atractiva, tanto en lo referente a la superación de situaciones de dictaduras (Portugal, Grecia y España), como en lo relacionado con la democratización de la sociedad, como parecía ser el caso de Francia de Mitterand. Al mismo tiempo, se verificaba una ver-

⁸ *Boletín del Comité Central*, N° 55, Santiago, 1978, pág. 9.

⁹ *Ibid.*

dadera eclosión de diversos movimientos —pacifistas, ecologistas, juveniles, etc.— quienes, junto con manifestarse como fuerzas críticas al orden existente, aparecerían muy distanciadas e igualmente críticas de las realidades de los países del socialismo real. Entre sectores importantes de la intelectualidad se empezó a plantear con fuerza la temática de la crisis del marxismo y la búsqueda de soluciones alternativas, expresadas en las más diversas elaboraciones teóricas y corrientes de pensamiento (posmodernismo, basismo, gramscismo, revalorización parcial de la crítica neopositivista al socialismo, verdes, etc.). Todo ello, por cierto, no podía dejar indiferente a la dirigencia del PS, partido que, como dijimos, se había caracterizado desde sus orígenes por su facilidad para recepcionar las diferentes corrientes de pensamiento de la izquierda mundial. Ello se manifestó mediante una gradual revalorización de la Social Democracia y la recepción de algunos de sus elementos ideológicos, ocurriendo algo similar respecto al eurocomunismo y a otras tendencias entonces en boga.

Como lo señala Jorge Arrate, el impacto de estas problemáticas —y la de los propios cambios que en Chile se fueron produciendo como resultado de la refundación capitalista operada por el régimen militar— condujeron a muchos dirigentes socialistas en el exilio a “la revisión del concepto de unidad de la izquierda fundada en el eje de fuerzas constituido por los partidos Comunista y Socialista”¹⁰. El PC les empezó a parecer a muchos como vinculado a un proyecto tipo socialismo real y a todo aquello que parecía estar en crisis. Aquí se ubica un momento de inflexión fundamental en la visión de ciertos dirigentes socialistas, la que ciertamente no estaba desligada de las nuevas relaciones políticas internacionales que el PS había venido estableciendo.

En estrecha relación con la problemática anterior se fue manifestando gradualmente otra: la relacionada con la concepción del partido. Al respecto, por un lado estaba la tesis sostenida por el Documento de Marzo de 1974, que postulaba una concepción leninista, es decir, un partido clasista, homogéneo y con capacidad para la unidad de acción, cuyo aliado natural debía ser el PC. Ésta era la concepción que formalmente sostenía el Comité Central. Sin embargo, cada vez más resultó no ser compartida por toda la colectividad. En efecto, diversos sectores la rechazaron por considerarla “aparataista”, burocrática e incluso stalinista. Se la veía como funcional a un tipo de socialismo (autoritario) y como la expresión de la influencia del PC en el PS. En contraposición, se sostenía un concepto de partido un tanto laxo, conformado por distintas corrientes capaces de llegar constantemente a consenso, partido que debía integrar a su seno a los más diversos sectores progresistas y avanzados y, a la vez, que debía relacionarse de manera nueva con los movimientos sociales, haciendo suyas muchas de sus demandas, etc. De algún modo Carlos Altamirano empezó a perfilar y liderar este punto de vista, el que en el fondo iba vinculado a un todavía difuso nuevo proyecto político que, enfatizando la relación democracia-socialismo, tendería a buscar alianzas con el centro y a romper el eje con el PC.

¹⁰Jorge Arrate, *Exilio, textos de denuncia y esperanza* (Santiago, Ed. Documentas, 1987), pág. 103.

Todo esto en el contexto de una fragmentación orgánica factual del ps no sólo entre las orgánicas señaladas anteriormente, sino también entre cada una de ellas y la base militante. A ello agréguese la dualidad exilio e interior y, dentro del primero, la diversidad de medios, influencias y relaciones establecidas por los distintos dirigentes socialistas. La fragmentación ideológica, política y orgánica, por tanto, era notable, incentivada por las nuevas realidades que emergían en el mundo y en el país.

La evolución y elaboración de determinados intelectuales de izquierda

La crisis de 1973 tenía que repercutir sensiblemente en la intelectualidad de izquierda, muchos de cuyos representantes terminaron abandonando sus partidos de origen para pasar a analizar las causas de la derrota a título de independientes. Destacan los casos de Manuel Antonio Garretón, Tomás Moulian y Eugenio Tironi, entre otros. El núcleo más importante de ellos se radicó en determinados institutos que, ante la intervención de las universidades por el régimen militar, con apoyo internacional, hicieron posible una actividad académica alternativa.

Entre las tesis fundamentales a las que gradualmente avanzaron podemos destacar las siguientes: 1) La UP fue derrotada por su incapacidad para generar una mayoría social y política en su favor; 2) Ello, a su vez, resultó de una visión teórica que ponía el acento en la conquista del poder total, desvalorizando de hecho a la democracia, a la que se concebía como un mero campo de acumulación de fuerza; 3) Lo anterior, por otra parte, sería el producto de un tipo de marxismo predominante en la izquierda chilena, basado en paradigmas que eran muy distintos a la realidad nacional, de donde necesariamente tenía que producirse un desencuentro entre la teoría de la izquierda y las realidades del país; 4) Es necesario prescindir de los marxismos en uso en la izquierda puesto que ellos no permiten articular socialismo y democracia ni, por tanto, hacer posible la constitución de una base suficientemente amplia para la lucha por la reconstrucción democrática.

Estos planteamientos venían a reflejar una cuestión notable. Primero, que se estaba produciendo entre tales sectores intelectuales una crisis de identidad, pues no se sentían ya representados con lo que hasta entonces habían sido. Y segundo, como resultado de lo anterior, se produjo un gradual cambio de problemática de la reflexión que consistió en un reemplazo de los temas de la revolución y el socialismo por los de la recuperación de la democracia.

La evolución de la izquierda surgida en los sesenta

Después del golpe, estos sectores —especialmente el MAPU de Garretón— mantuvieron la radicalización que los había caracterizado en la fase anterior. Sin embargo, en los años posteriores empezó a manifestarse en ellos cierto cambio. Éste se derivó de la constatación que empezaron a hacer sobre el carácter refundacional del régimen militar, comprobando que era portador de un proyecto integral de largo plazo, cuestión sobre la cual también habían discurrido los intelectuales arriba señalados.

Así, en la medida que el proyecto neoliberal se implantaba, tales sectores pasaron a poner en el tapete de la discusión el problema de repensar el proyecto de la izquierda, en el supuesto de que sus tesis tradicionales no se avinieran con la surgente nueva realidad. De tal manera se planteó la problemática sobre la necesidad de renovar programática, conceptual y orgánicamente a la izquierda. Ello, a su vez, era concebido como una necesaria respuesta a lo que calificaron como una crisis de ésta. Dicha temática de crisis y renovación (ciertamente ligada a los fenómenos internacionales más arriba indicados), no dejará de tomar fuerza en el futuro y se insertará en las polémicas y contradicciones abiertas por la derrota de 1973 en medio de los cambios nacionales e internacionales que advenían aceleradamente.

El Seminario de Ariccia I

En este marco de por sí ya tensionado, lleno de cuestionamientos y de crisis de las certezas anteriores, bajo la convocatoria del senador socialista italiano Lelio Basso y organizado principalmente por Raúl Ampuero, se realizó a comienzos de 1979 el Seminario Ariccia I, el cual se propuso reagrupar a lo que se denominó como "vertiente socialista" de la izquierda chilena, con el fin de modificarla y renovarla desde adentro.

La tesis central de todo el proyecto consistía en sostener la existencia de dos áreas o vertientes en la izquierda, la socialista y la comunista. La primera —en la argumentación de Raúl Ampuero— fue caracterizada como "democrática, nacional y autónoma", y sus expresiones políticas serían el PS, pero también las organizaciones de izquierda surgidas durante los sesenta (MAPU, IC e incluso el MIR). La otra área, expresada en el PC fue caracterizada por Ampuero como originaria a partir de la revolución rusa y vinculada a la política del Estado soviético. El objetivo del seminario, se dijo, consistía en superar la dispersión del área socialista y producir su convergencia en la perspectiva de crear un nuevo sujeto político capaz de conducir a la izquierda.

La condición para esto —se sostuvo— reside en el rescate de la coherencia ideológica de esta área, entendiéndose por tal la prescindencia de una serie de concepciones que se suponía eran el producto de la influencia de la "vertiente comunista", como el leninismo, la adhesión a ciertos paradigmas del socialismo real y la propia radicalización política tan propia de los sesenta. Todo esto, en la lógica de Raúl Ampuero, era a la vez un componente de la subordinación del área socialista a la comunista, con la respectiva pérdida de identidad que ello significaba para la primera. Aquí residía, en su opinión, la causa de su crisis y fraccionamiento. Ahora se trataba de revertir el fenómeno y perfilar una convergencia socialista capaz de fundir a sus diversas expresiones políticas en una fuerza común (la Convergencia Socialista), cuya identidad sólo podría reperfilarse deslindándose del PC y redefiniendo las relaciones con él, lo cual, a su vez, era entendido como un retorno a las fuentes tradicionales propias.

No obstante, para Ampuero no se trataba tan sólo de recuperar la herencia histórica sino que, junto a ella, de avanzar hacia una renovación, incorporando

aportes de los sectores nuevos de la izquierda, cristianos y otros, provocando una síntesis entre tradición y renovación.

De tal manera que a Raúl Ampuero le corresponde un aporte importante en la elaboración de la tesis sobre las "dos izquierdas", y el Seminario de Ariccia fue una instancia para su socialización. Esto se liga con las tendencias preexistentes orientadas a generar una izquierda diversa y se vincula también a la crisis de proyecto que en el conjunto de ésta se había venido gestando como resultado de los rápidos cambios en curso en el mundo y en Chile.

LA DIVISIÓN DEL P.S.: EL PROCESO DE CONVERGENCIA Y RENOVACIÓN

(1979-1983)

En abril de 1979 el conjunto de crisis que por años había venido incubándose al interior del ps estalló violentamente e irradió a gran parte de la izquierda. El cuestionamiento de la identidad marxista-leninista de la colectividad y de su definición revolucionaria en el sentido tradicional del término, fue rechazado decididamente por un sector encabezado por Clodomiro Almeyda, apoyado por la dirección interior. Este sector, claramente mayoritario en sus orígenes, al menos dentro del país, reivindicó la definición marxista-leninista del partido, la unidad comunista socialista y las posiciones elaboradas por los plenos del Comité Central remontables hasta cierto punto a los planteamientos del Documento de Marzo de 1974.

En una posición distinta figuraban los sectores que asumían lo que ya había sido definido como "renovación". El secretario general del partido, Carlos Altamirano, intentando apoyarse en sectores de la Socialdemocracia Internacional, apareció como el líder de esta posición, adhiriendo a la idea sobre la convergencia de la "vertiente socialista", produciéndose la gran escisión orgánica y política de 1979.

En la lógica de las posiciones sostenidas por el secretario general, Carlos Altamirano, y entre quienes lo apoyaban (Jorge Arrate, Ricardo Núñez, etc.), existía ya un proyecto político distinto, pero que todavía no se perfilaba con toda claridad. Entonces, convergiendo con aquellos sectores de la izquierda que habían ingresado a la problemática de la renovación, este sector del ps entrará en un intenso proceso de búsquedas, redefiniciones y críticas de su pasado.

En tal proceso es posible distinguir dos movimientos paralelos, íntimamente vinculados: uno orgánico y otro ideológico-político. El primero se traducirá, cuatro años después, en la conformación del Partido Socialista de Chile —primero llamado de Briones, luego de Núñez y finalmente de Arrate—, que enfrentará al llamado ps de Almeyda. Ello, por cierto, sin perjuicio de la eclosión de innumerables agrupaciones socialistas menores que a la larga se irán plegando al sector renovado del partido. El segundo movimiento culminará en la constitución de un proyecto que prescindirá de la originaria identidad revolucionaria y anticapitalista del socialismo chileno.

El movimiento orgánico

Luego de la división de abril de 1979, el sector de Altamirano —claramente minoritario al interior del país—, intentó enlazar con todos los grupos que se proclama-

ban partidarios de la renovación de la izquierda y de construir, a través de una convergencia entre ellos, una nueva fuerza socialista.

En medio de un profundo proceso de discusión entre estos sectores se fueron conformando orgánicas *ad-hoc* muy fluidas y cambiantes. Así, al tiempo que en Europa se celebraba el segundo seminario de Ariccia y se impulsaba el Movimiento de Convergencia Socialista, éste se reproducía en Chile donde, en Santiago, se conformó el grupo de la Convergencia Unitaria (1980). Después apareció la Convergencia Universitaria y luego el Secretariado por la Convergencia Socialista, con participación de representantes de las direcciones de ambos MAPU, la IC y algunos socialistas altamiranistas. En 1981 se creó un grupo de intelectuales, con y sin partido, que se autodenominaron Convergencia Socialista, mientras proliferaban orgánicas menores del dividido PS (los Suizos, PS XXIV Congreso, Humanistas, MAS-USOPO, etcétera).

En septiembre de 1981 una gran cantidad de estos grupos, todos ellos "renovados", constituyeron el Comité de Enlace Permanente, cuya perspectiva era la reunificación socialista. En septiembre de 1982 se celebró en Francia el Seminario de Chantilly, que implicó un verdadero salto en el perfilamiento político-ideológico de la renovación, en donde participaron distintos sectores de la izquierda¹¹.

En los aspectos orgánicos se planteó la necesidad de avanzar hacia la constitución de una nueva fuerza socialista que involucrara al "tronco histórico" del PS y a los sectores de izquierda surgidos en los años sesenta y setenta (ambos MAPU e IC). Por diversas razones este proyecto todavía no pudo cristalizar. Uno de los problemas más importantes al respecto decía relación a si los distintos sectores renovados del PS debían reunificarse al interior de la nueva fuerza socialista a formar o bien ésta debía ser precedida por la unificación del PS, el cual tendría que receptionar en su seno a todos los otros sectores renovados de la izquierda.

Sobre esta cuestión no hubo acuerdo entre los socialistas renovados y las otras fuerzas de izquierda interesadas en una convergencia. Ante ello, el Comité de Enlace Permanente que habían formado distintas orgánicas socialistas, decidió transformarse en Comité Político de Unidad, el que en los meses posteriores al inicio del ciclo de las protestas nacionales contra el régimen militar, se transformó en Partido Socialista de Chile (septiembre de 1983), confluyendo en él el MAS-USOPO, el PS XXIV Congreso, el Grupo Convergencia 19 de abril, el PS Humanista, el grupo Los Suizos, un pequeño sector proveniente del PS de Almeyda y una serie de intelectuales independientes.

Aquellos sectores, como ambos MAPU y la IC, con los cuales se pretendía avanzar hacia la constitución de una nueva fuerza socialista, quedaron por el momento fuera del PS (que entonces emergió dirigido por Carlos Briones). Sin perjuicio de ello, mantuvieron la vinculación con éste a través de una alianza denominada Bloque Socialista. Mientras tanto, los sectores del PS que no habían entrado en el proceso de renovación, dirigidos por Clodomiro Almeyda, conformaron con el PC, el MIR y otras fuerzas menores, el Movimiento Democrático Popular (MPD), que pro-

¹¹Véase Actas de Chantilly. Mimeografiada.

pugnaba una salida rupturista a la situación, mientras que el Bloque Socialista se inclinaba por una salida más bien pactada en una alianza con el centro (orientación que los llevó a ser activos participantes de la "Asamblea de la Civilidad").

De tal modo, ya en 1983 emergía un nuevo actor político en la izquierda, el Partido Socialista de Chile, que se proclamó como la expresión política principal de la renovación socialista. El problema de si la nueva fuerza socialista que se quería constituir se formase al interior de un PS que reunificaría a sus sectores renovados o bien conformando una organización distinta, empezaba a resolverse. En 1985 gran parte de la dirección del MAPU-OC se integró al PS renovado.

El movimiento ideológico

A estas alturas del proceso comenzó a perfilarse con claridad el proyecto político del cual terminó siendo portadora la renovación socialista. En efecto, dicho proyecto quedó de manifiesto en las nuevas formulaciones teóricas que aquella asumió y que, de hecho, contenían una ruptura con el viejo *ethos* revolucionario, marxista y clasista del partido (que todavía hacía suyo el PS de Almeyda), reemplazándolo por una nueva identidad. Las nuevas formulaciones, que según el discurso que se asumía apuntaban a articular las ideas de democracia y socialismo, podrían resumirse en las siguientes cuestiones principales.

a) Reformulación del concepto de socialismo. Lo definitorio sobre el punto radica en que el socialismo dejó de ser concebido como un tipo específico de sociedad y, más bien, pasó a ser considerado —en palabras de Jorge Arrate—, “como un proceso social complejo de profundización y superación sucesiva de las múltiples contradicciones propias de la sociedad capitalista en una dirección crecientemente democratizadora”¹². De acuerdo con esta conceptualización, como lo sostiene Manuel Antonio Garretón, “no hay transición de una sociedad a otra; hay transformación permanente... No hay sociedad socialista instalada, hay transformación socialista y gobierno socialista posible en un régimen de democracia política”¹³.

b) Reemplazo de la revolución por la democratización. Si el socialismo no es ya entendido como un tipo distinto y específico de sociedad que emerge negando al capitalismo y, por el contrario, consiste en una superación gradual y permanente de las contradicciones propias de este último, entonces ya no es necesaria la revolución. Ciertamente que en un comienzo la renovación socialista no podía deshacerse bruscamente de la idea de revolución puesto que ésta había sido uno de los elementos esenciales de la identidad socialista desde sus orígenes. Por tanto, toda modificación en tal sentido debía hacerse cambiando los contenidos del concepto. Así, Jorge Arrate postuló “la redefinición de la idea revolucionaria como un proceso, como un continuum...”¹⁴, es decir, como una evolución, mientras que

¹²Jorge Arrate, *Razón y pasión del socialismo chileno* (Santiago, Ed. del Ornitorrinco, 1989), pág. 104.

¹³Manuel Antonio Garretón, *Reconstruir la política* (Santiago, Ed. Andante, 1987), págs. 275 y 276.

¹⁴Jorge Arrate, *La fuerza democrática del ideal socialista* (Santiago, Ed. Documentas, 1985), pág. 87.

Manuel Antonio Garretón diferenció la revolución “como método” de la revolución “en cuanto idea transformadora”¹⁵. La primera, según este autor, no sería propia de la renovación, sí lo sería la segunda. Hernán Vodanovic, en cambio, con mayor radicalidad, asumió formalmente la modificación cualitativa de contenido que todo esto implicaba cuando afirmó que para el socialismo renovado las transformaciones sociales “deben adoptar la forma de procesos reformistas”¹⁶.

c) Superación de la identidad clasista del partido y de los sujetos clasistas como agentes del cambio. Para Jorge Arrate, “el desafío central del socialismo es conquistar grandes mayorías compuestas por todos aquellos sectores y grupos postergados por la dinámica de la sociedad capitalista”¹⁷. Manuel Antonio Garretón sostiene que, en todo caso, lo anterior no supone establecer una identidad entre tales sectores y el ps: “no hay identidad –dice– entre el Partido Socialista como organización y el mundo social y cultural a los que ese partido convoca...”. Y agrega más adelante que si bien “la referencia al mundo de los trabajadores, más aún, al mundo popular, es constitutiva de un partido socialista, ello no significa que haya que definir su identidad en la homogeneidad de una base social clasista, sino, nuevamente en la capacidad de convocatoria que tenga en el plano programático”¹⁸. Llegaba así a su fin la originaria concepción según la cual el ps era un partido que expresaba políticamente a “los trabajadores” como clase, según una visión marxista clásica.

d) Superación del eje comunista-socialista y su reemplazo por un eje con el centro Demócrata Cristiano. El socialismo ahora concebido no como un tipo distinto de sociedad sino como un proceso de democratización de todas las esferas de la sociedad capitalista, para su realización –se sostuvo– requiere de la formación de mayorías sociales y políticas. En el caso de Chile –se agregó– antes y después de conquistar la democracia, ello supone a lo menos dos cosas. Por un lado superar el viejo esquema de los tres tercios que había caracterizado a la política nacional. Y en función de ello, llevar a cabo una confluencia estratégica entre el centro y la izquierda. Este eje de centro izquierda debía dar por superado al antiguo formado entre el pc y el ps, pues sólo así sería posible llevar a cabo una alianza con la dc orientada a formar las mayorías requeridas por los cambios.

Dicho reordenamiento de las alianzas requería hacerse –como lo dice Jorge Arrate– reconociendo que la dc constituye “un centro político definitivamente antiderechista y con una voluntad transformadora apreciable”¹⁹, mientras correlativamente, respecto del pc, se pasaba a enfatizar “las diferencias doctrinarias... apagadas o difrazadas muchas veces en el pasado...”²⁰. En este contexto, por lo demás, se insertaba la tesis, que tanto intentara fundamentar el Seminario de Ariccia, sobre la existencia de dos izquierdas.

¹⁵Garretón, *op. cit.*, pág. 274.

¹⁶Hernán Vodanovic, *Un socialismo renovado para Chile* (Santiago, Editorial Andante, 1988), pág. 64.

¹⁷Arrate, *Razón...*, *op. cit.*, pág. 108.

¹⁸Garretón, *op. cit.*, pág. 281.

¹⁹Arrate, *La fuerza...*, *op. cit.*, pág. 215.

²⁰*Op. cit.*, pág. 210.

En la alianza con el centro, sin embargo, se estimaba que la nueva fuerza socialista no podía resultar accesoria, sino que tenía que "aspirar a una participación igualitaria y a un rol conductor en la constitución (del) movimiento nacional por los cambios..."²¹. Y esto demandaba urgentemente la recuperación de la unidad del ps y, aún más, la integración a él de vastos y diversos sectores progresistas (cristianos, laico-racionalistas, etc.), conformándose una gran fuerza capaz de hegemónizar a lo que se denominó "Bloque por los cambios", el que debería impulsar un proceso de democratización del conjunto de la sociedad.

EL TRIUNFO DE LA RENOVACIÓN EN EL PS: EL CONGRESO DE UNIDAD Y EL DERRUMBE DE LOS NO RENOVADOS

A fines de los ochenta, el sector renovado del ps no sólo había llegado a equilibrar a los almeydistas, sino que los había superado políticamente. Al final de la década tal situación se consolidó aún más. El triunfo de los sectores renovados del ps sobre los almeydistas, ya en disolución, se vio estimulado por una serie de fenómenos tanto internos como externos. Respecto a los primeros cabe señalar la propuesta demócratacristiana encaminada a conformar una concertación de partidos por la democracia que permitiera una salida pactada del régimen militar. Esto implicaba un ofrecimiento al ps para formar parte de una futura alianza de gobierno. Paralelamente, se producía el fracaso de la salida rupturista propiciada por el pc y los socialistas almeydistas. En lo externo, figura el apoyo norteamericano, europeo y de las internacionales más poderosas al tipo de salida pactada con el régimen militar, a lo que hay que agregar la crisis del socialismo real y su ulterior derrumbe, que implicó, hasta cierto punto, un cuestionamiento global de las concepciones políticas y teóricas de los almeydistas, acelerando su proceso de disolución.

En este contexto, a fines de 1989 se celebró el XXV Congreso del ps (sector renovado). Allí, junto con ratificar la necesidad de una alianza de gobierno con la dc, se tomó una decisión de la mayor importancia práctica y simbólica: la incorporación del ps a la Internacional Socialista, poniendo fin a la definición originaria del partido en orden a no alinearse con internacional alguna.

Pero la decisión de entrar a formar parte de una alianza de gobierno con la dc suponía para los socialistas renovados superar la dicotomía con los almeydistas, puesto que de lo contrario, al persistir la división del partido, con su consiguiente debilitamiento, éste, en su alianza con el centro, se condenaría a un papel muy secundario. Los almeydistas, por su parte, en pleno proceso de crisis política e ideológica, se avinieron a la unificación, lo que se vio estimulado, entre otros, por dos factores principales. Primero, por los resultados de las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1989 que evidenciaron que —en parte debido a la ley electoral vigente—, sólo era posible tener representación parlamentaria y participación efectiva dentro del sistema político, entrando en alianza con la dc. Y segundo, por la crisis del pc, que mantuvo el giro fundamentalista que había adoptado en

²¹Arrate, *La fuerza...*, *op. cit.*, pág. 231.

1980, evidenciando su incapacidad para adaptarse a las nuevas realidades y, por tanto, invalidándose como aliado.

El Congreso de unificación entre ambos sectores socialistas se verificó en 1990. La temática que allí se privilegió fue precisamente la de la unidad, en función de la cual se sortearon todos los temas que pudieran obtaculizarla, postergándolos para el futuro. De igual modo, se distribuyeron los cargos de una manera tal que los distintos sectores quedaran representados en alguna medida. Clodomiro Almeyda asumió una de las vicepresidencias del partido unificado. Otra, entre los izquierdistas, fue asumida por Luis Maira que, al igual como muchos personeros provenientes de otros partidos de este sector, ante la crisis del MDP y del PC y las limitaciones del propio sistema electoral, vieron en el PS el lugar natural en cuyo interior debía rearticularse la izquierda, expectativa que, en todo caso, era estimulada por los más diversos sectores del PS.

Ante los resultados electorales del Congreso de unificación se produjo un reordenamiento de las tendencias internas. Por una parte se empezó a configurar una corriente en torno a la figura de Camilo Escalona, la que suscitó un importante eco en la base partidaria, corriente que pasó a denominarse "Nueva Izquierda" (a la que se integró Luis Maira, entre otros), y que reivindicó frente a los sectores más renovados, una identidad izquierdista del partido la que, sin embargo, no se delineaba todavía con precisión. Al mismo tiempo, el almeydismo, al interior del partido unificado, terminaba de disolverse, confluyendo la mayoría de sus miembros en una tendencia denominada como "tercerista" (con Germán Correa, Ricardo Solari, Jaime Pérez de Arce, etc.). En tanto, los sectores más renovados se nucleaban por un lado en torno a Jorge Arrate y, por el otro, a Ricardo Núñez. Todo muy de acuerdo con la vieja tradición que hacía girar la vida partidaria en torno a grupos, subgrupos y caudillos que compiten entre sí, repartiéndose el poder de acuerdo a las correlaciones de fuerza existentes entre ellos.

En 1991, como resolución del Congreso de Unificación, fue conformada la Comisión Programa. Aquí debían asentarse las concepciones renovadas y, por tanto, la nueva identidad del partido. En junio de ese año dicha comisión publicó la *Hipótesis para un Programa Socialista* donde se sostuvo que el programa del partido, junto con aportar a la recuperación democrática del país, debía "expresar los ideales y orientaciones del proyecto de renovación socialista..."²².

En febrero de 1992 la vicepresidencia de estudios y programa del PS, a través de una de sus subcomisiones, elaboró un documento de discusión denominado "Proyecto Socialista", que debía definir la utopía partidaria y su concepción del socialismo, en donde se reprodujeron todas las tesis principales de la renovación. Este documento se discutió durante 1993 en un clima interno que le asignaba escasa relevancia política a esta materia, a diferencia de lo que ocurría con el tema "Programa de Gobierno", que suscitó mayor interés. El documento, "Proyecto So-

²²Vicepresidencia de Programa y Estudios del Partido Socialista de Chile, *Hipótesis para el Diseño de un Programa Socialista*, junio de 1991.

cialista", debía aprobarse en un Congreso Extraordinario, que finalmente se celebró en diciembre de ese año en La Serena.

Allí, no obstante, el Proyecto no fue aprobado en consideración a que la mayoría estimó que no había estado precedido de suficiente discusión partidaria y no había dado lugar a una difusión de las tesis de los sectores minoritarios del partido. Con el fin de resolver tales falencias el Congreso resolvió celebrar una Conferencia de Programa (que finalmente se fijó para agosto de 1995) y, al mismo tiempo, tomar medidas para que se verificara una discusión en todo el partido sobre el tema.

De este modo, la hegemonía del pensamiento renovado y su nueva concepción del socialismo todavía no fue sancionada formalmente por una instancia del ps unificado.

¿RENOVACIÓN O CAMBIO DE IDENTIDAD?

Ahora bien, es posible sostener que, en el fondo, las tesis de la Comisión Programa y en general las ideas claves de la renovación que han venido claramente predominando dentro del ps unificado constituyen, en lo grueso, una recepción de un pensamiento que se venía desarrollando desde fines de los cincuenta en determinados partidos de la Social Democracia europea.

En efecto, ya en el Programa de Godesberg, aprobado en 1959 por la Socialdemocracia alemana, se sostuvo que el socialismo consiste en un conjunto de valores a realizar —básicamente la democracia, la libertad y la solidaridad— y no en un tipo de sociedad específica. Más aún, al respecto Willie Brandt afirmó que "en el Programa de Godesberg, el socialismo se concibe como democracia desarrollada"²³. Estas tesis vinieron acompañadas de la renuncia de la Social Democracia alemana a considerarse como un partido obrero y a identificarse con una ideología determinada²⁴.

Como hemos visto, tales son precisamente las ideas fuerzas en torno a las cuales se llevó a cabo la renovación socialista en Chile, pese a que no se explicita su filiación. En virtud de ello es que se puede sostener que el proceso que empezó a experimentar el ps desde fines de los setenta, que lo ha ido conduciendo a asumir una identidad distinta, no necesariamente es sinónimo de renovación por cuanto la nueva identidad que ha venido configurándose representa una ruptura radical con las definiciones originarias e históricas del partido, las que más que renovadas fueron negadas. Correlativamente tal negación se hizo asumiendo una identidad preexistente, prefigurada en la reflexión de la Internacional Socialista contemporánea.

En virtud de estas razones es que podría estimarse que más que una renova-

²³Willy Brandt, "Godesberg nicht verpielen" (Bonn, 1974), pág.4, citado por Thomas Meyer en *El socialismo democrático. 36 tesis* (Bonn, Friedrich Ebert Stiftung, 1982), pág. 84.

²⁴Véase Meyer, *op. cit.* También *Historia general del socialismo. De 1945 a nuestros días*, dirigido por Jaques Droz (Barcelona, Ed. Destino, 1986).

ción, el proceso que ha experimentado el PS, junto a otros sectores de la izquierda chilena, consiste más bien en la asunción de una identidad completamente nueva.

Razones hipotéticas de la nueva identidad socialista

A partir de lo señalado más arriba cabría plantearse la pregunta sobre las determinantes de fondo que hicieron posible la asunción de una identidad nueva por parte del PS y una negación tan drástica de su identidad originaria. Al respecto, a modo de hipótesis, podría sostenerse que la causa última radica en la fortaleza que ha demostrado el capitalismo y la inviabilidad histórica que terminaron evidenciando no sólo los socialismos existentes, sino también las perspectivas anticapitalistas en general. Téngase en cuenta que la original identidad del PS se enmarcaba en el supuesto del agotamiento definitivo del capitalismo. Pero esto fue lo que en la práctica finalmente no ocurrió. Y, por el contrario, lo que se verificó durante la década de los ochenta fue la crisis y derrumbe de los socialismos reales y de cualquier perspectiva anticapitalista.

Los estratos medios e intelectuales que tanto en sus orígenes como en la actualidad conforman al PS siempre evidenciaron fuertes tendencias mesocráticas, las que en determinadas condiciones históricas de crisis y cuestionamiento del capitalismo a escala mundial eventualmente podían satisfacerse mediante una identidad revolucionaria. Pero en condiciones de la imposibilidad del socialismo ello ya no es así. Pareciera que en virtud de lo mismo esas tendencias mesocráticas requirieron de un cambio de identidad de acuerdo a las realidades nacionales e internacionales. La renovación sería el medio a través del cual esa necesidad vino a ser satisfecha. Ello sin perjuicio de una variedad de motivaciones subjetivas que un análisis más detallado no podría dejar de lado.

La nueva identidad socialista en la historia política reciente

Para la política nacional el cambio de identidad socialista ha sido muy relevante. Desde ahora ha hecho posible la existencia de una fórmula política —la Concertación— que ha permitido dar estabilidad al país. Ello en la medida que esa fórmula ha contribuido a consolidar la refundación y modernización capitalista introducida por el régimen militar, agregándole un cierto énfasis social y la legitimidad democrática de la que originalmente carecía. Así se han aportado los necesarios apoyos sociales que proporcionan a aquélla una mayor solidez y proyección histórica.

Estrechamente correlacionado con lo anterior, en fin, resultaron creadas las premisas de los consensos que terminaron estableciéndose entre el centro político por un lado, y las fuerzas de la derecha y los poderes fácticos por el otro, poniéndose término a un largo período de la historia de Chile, que viene desde comienzo de los cincuenta, caracterizado por agudos conflictos y polarizaciones.

Desde este punto de vista, sin duda, la llamada renovación socialista —más allá del hecho de que configure un proceso que continúa estando abierto— rebasando los límites de un partido, ciertamente es una de las claves para comprender la historia política reciente del país.

